

lo que tenia, y en fin todo lo registró; al Santo-Christo de la Espiracion, solo el clavo de los pies le quitaron; entró en la Sacristía donde se havia escapado como por descuido de ellos los Ciriales y la Cruz Parroquial, y se lo llevaron, rompió el Sagrario de San-Sebastian, donde estava la urna de plata que servia el Jueves Santo, y se la llevó, de aquí se originaron presunciones entre ellos que havia mucho escondido en las casas, y llamando á los ricos á Palacio, les empezaron á dar fuertes tormentos, como se los dieron al Capitán Gaspar de Herrera, lastimándolos horriblemente: viendo que los amos nada confesaban, cojieron á los esclavos para que confesasen, dandoles fuertes tormentos, y amenazándoles con la muerte, poniendolos en medio de la plaza, como pusieron un negro que se llamava Gaspar de Herrera, á el que mataron por fin, mas sin embargo no confesó, aunque despues de haverle muerto le dieron muchas cuchilladas, y golpes. Viendo pues que nada se resolvía hizo cartel de sentencia el General de que havia de traer quanta leña havia en la ciudad, en casas, y tiendas y havia de abrazar toda la Iglesia teniendo á todos dentro menos los esclavos y las mulatas, á lo que el Sor. Cura, viendo la última resolución del General dijo, que él iria á intimar á el Púlpito la sentencia, para que el que tubiese escondido declarase la cantidad que era y donde la tenia con tal que les diese las vidas. Vino en ello el General, con que entrando el Cura Vicario y puesto en el Púlpito, prestaron todos silencio, y entonces intimó la sentencia rigurosa con tales razones, de tal manera, y con tanta eficacia que movió á todos á ir declarando, y manifestando las prendas de oro, plata, y dinero que havian ocultado; y viendo que muchos parecian estaban remisos, y que todavía no se descubria cosa alguna; subió por segunda vez á pedir por amor de Dios que nadie ocultase la menor cantidad, con que todos se fervorizaron, y en el Coro se pusieron dos franceses, y un Escribiente; y en fin Importó este segundo saqueo más de 600000 pesos, y no obstante de esto al General le pareció poco, y dijo que por esta

poquedad les dava la vida; con lo que cesó esta revelión del dia jueves en la tarde, que no fué el menor susto, desde aqui juzgavamos los mas piadosos; pero cada rato estavan de distintos pareceres. La noche de este dia nos hicieron poner en silencio de suerte que aun con haver tanto número de mugeres, hombres, y tantas criaturas, no havia quien quisiera menearse. Aqui tuvimos otro susto que fué venir uno de los nuestros á decirnos que el hasernos callar era para degollarnos, con esto no havia quien durmiera, sino aguardando por horas llegase nuestro último dia. Tuvimos de guarda un gran borracho frances que estuvo hablando dos mil desatinos, y de esta suerte padecimos toda la noche. Dia viernes amaneció, y en ella nuevos sustos, por haver visto en los médanos número de gente á caballo, y haver havido muchos de ellos que se arrojaron dentro del lugar, y mataron algunos franceses: cada rato teniamos distintas novedades porque venian los nuestros con unas, y otras malas nuevas todo á fin de nuestra muerte: murieron dentro de la Iglesia algunas mugeres, unas que malparieron, y otras de la congoja, y afliccion se quedaron muertas: todas eran lástimas y desdichas cuantas mirávamos. Si entrava algun bastimento de Vizcocho, y agua era para que les costase á los pobres palos y golpes, que no se saciava la crueldad con que procedian.

“En este tiempo se andava en el ajuste del rescate, y luego vinieron á llamar á todos los ricos para el ajuste de él, y á la verdad que á cada instante, y momento no nos sosegamos por los nuevos rigores que intentavan, todo á fin de sacar mas dinero, que con tener todo el que havia en el lugar aun les parecia poco: de este modo y con estos rigores llegó el dia sábado en que nos dieron el consuelo de que ya se embarcavan y nos dejavan libres, y assi se pensaba, más muy al contrario fué pues vimos que haviendo visto ellos mucho número de gente á cavallo, temieron no les asaltasen, y assi con toda prisa se mandaron recoger, y empezaron á sacar todos los hombres de la Iglesia dejando á todos los Eclesiásticos que por sin duda tuvieron por

cierto ya estaban libres de los rigores de esta indómita canalla. más ya que todos havian salido, entró uno dándonos el buen viage, como despidiéndose de nosotros, que no nos dejó de dar algun alegron, mas luego entró el General á Cavallo dentro del Santo Templo, y nos llamó del coro, y nos dijo á los Eclesiásticos que saliésemos para fuera. Salimos con alguna alegría por juzgar era para bien, y mas cuando dijeron muchos que aunque nos llevasen al embarcadero solo seria á fin de llevarnos por Escolta para que ni los del Castillo los ofendiesen, ni los de tierra los embistiesen; con este descuido fuimos sin cuidado, aunque con trabajo con un gran resistidero de Sol hasta los Ornos; Luego que salimos de la Iglesia, vimos los pobres seculares que no han estado echos ni aun á cargar lo mas minimo, cargando petates de Arina, y Zurrones de Grana que necesitava quatro en cada uno, y aun con notable trabajo, y esto á fuerza de golpes, y palos ayudados de estos crueles Sayones. Vimos las calles que era para llorar con lágrimas del corazón del modo que estaban, todo arruinado, todo tan destruido, todo tan despedazado, tan ediondo, y asqueroso que era una pura compasion y lástima.

“Fuimos á nuestro viage, y detras de nosotros venian todas las negras, y mulatas, assi libres como esclavas, y en la esquina del capitan Martin Roman de Nogales, nos hicieron hacer alto, donde llegó muy fogoso el General hablando con los suyos, que encarándosenos con las cuchillas en las manos juzgamos que allí nos querian quitar las vidas, y mas cuando los veíamos á ellos tan espantosos que nos atemorizava su presencia; y fué esto para que pasasen las mugeres que atras venian, y luego nos hicieron caminar para los Ornos, viendo en cada calle mil desdichas. Llegamos al Embarcadero donde estando parados aun todavia estaban todos con el engaño, aunque veían embarcar al Gobernador, y á los demas ricos, Vicario y Prelados de las Religiones, pero no fué assi que luego que embarcaron á los susodichos mandaron embarcar á los Padres; con que embarcáronlos á todos, y luego fueron embarcando Seculares, y mugeres hasta

las cinco de la tarde, y dieron con todos en la Isla de Sacrificios. La gente que quedó hasta las cinco que fueron algunos, ya ancianos, y enfermos haviendo escojido las mas mozas, y de mejor cara, y todos se embarcaron en los Navios, y aqui quedamos en Sacrificios.

“Dia sábado veinte y uno como á las diez del dia, poco mas ó menos seria quando con grandisima aseleración nos llevaron temiendo de la gente de á cavallo, que en grande número estava en los médanos, mas fué todo en valde, porque no hicieron mas de meter miedo, y no embestir, si bien es que los Baqueros por sí hubieran embestidoles, mas quien los gobernava se halló sin valor, pues á la verdad algunos que desesperadamente se arrojaron al lugar mataron hasta el número de veinte franceses, en fin dieron con nosotros en Sacrificios. Una Isla muy grande y bien independiente, y libre de daño del Castillo ni Lugar; aqui está una Bahia donde la Real de España puede estar.

“Todos los Magnates se llevaron á los Navios que fué de 150.000 pesos con que fueron á buscar este dinero por el camino nuevo D. Juan Vertil, por el viejo D. Miguel de Arco. Al lugar vinieron el Alcalde Francisco Arias, y el Contador José Morueta para embiar vastimento á la gente de Sacrificios, como con efecto se embiava, y alcanzavámos lo que se podía, que muchos lo ganavan á golpes de Cuchilla, y mojándose hasta los pechos, para llegar al Barco; ello era viscocho, y agua que nos quitavan los Enemigos que hasta en eso nos hicieron daño, sábado como llevo dicho 21 entramos en la Isla y salimos lunes 30 de dicho mes de Mayo, y otros salieron el martes siguiente porque era mucho el número de gente que havia, querer referir lo que en 10 ó 11 dias pasó con la sed, hambre, desnudez, sustos, sobresaltos, desconsuelos, cada instante una novedad, cada momento un pesar, porque la vida siempre la tuvimos al golpe de sus Cuchillas, dispuestas, demas de quitarnos los vastimentos que nos traían los Barcos, nos procuravan hacer cuantos males podian, al embarcarnos para la Isla nos registravan á todos, y allá tam-

bien todo era un puro urto, no nos dejaban cosa ninguna que no nos quitasen, ni aun en que acostarnos nos dejaban porque los petatillos que de noche nos servian de cama, y de día de sombra nos los quitaban por fuerza todo su proceder era con rigor, y amenazas. Ai en esta Isla un orno que fué de Cal, y en él hicieron baluarte ó Castillo, donde está cada día una Escuadra de hasta cuarenta franceses con su Vandera que tremolaban allí en una sala destechada, que era el polvero, allí metieron al Cura Vicario, tres Prelados de Religiones, el Gobernador, y otros de los magnates que eran hasta 17 que los llamaban los rehenes, donde iban el General y el Almirante á entender sus rigores, y amenazas, sobre que cada día se les antojaba una cosa nueva, como lo fué una tarde desir, que si á otro día á las ocho de la mañana no les tenian toda la grana, aceyte, vino y otras cosas que desian eran suyas, lo cual se havian dejado en el lugar, y fué forzoso por la amenaza de que les havian de quitar las Cabezas, despachar personas que recojiesen todo lo que podian y lo llevasen como assi se hizo. El General Nicolas hereje fino entre otras cosas que dijo aterrando á los rehenes, fué desirles esta proposicion, para mi no ai Dios, que ni Dios me ha dado esto, sino mi valor, y mis fuézas se lo han ganado; mas Dios Nuestro Señor que castiga semejantes herejias permitió que luego al punto pagase tan grande herejia, pues haviendo salido del Potrero, lugar donde habló tales disparates, se topó en la playa con Lorencillo, que hacia papel de Almirante y le reprendió por el rigor demasiado con que nos tratava. El General estaba embriagado, con que no le respondió muy al propósito á Lorenzo, que se enfadó y le quitó el bastoncillo, y se lo tiró á la Mar, y arrancaron los Españoles, y del primer surronazo lo puso patas arriba el Almirante al General, y muy mal erido, el dicho Almirante embió preso al General a la Franssesa que era la Almirante, con que este día no bolbió á saltar en tierra el dicho general, separaron todas las mulatas, y negras libres, y esclavas de los hombres, y á todos los negros esclavos

y los pusieron con ranchos aparte, y allí escojiendo los Franceses esclavos, y libres, para sí los que querian buscando los mozos y buenos, y desechando los viejos, y enfermos: de aqui se llevaron toda esta gente desapartada á los Navios como dueños de todos cojiendo también a las muchachuelas de á ocho á nueve años.

“Todo fué rigores quantos pasavamos, y sin tener que comer, que muchos hubo y de los Sacerdotes los mas que no supieron lo que era comer caliente, ni cosa que les fuera de provecho, por amor de Dios se pedia una poca de agua, y aun los sacerdotes á los negros se las pedian de rodillas, y si se arrojaban á quererla cojer de los barcos, sin respecto al havito y sacerdocio los molian á palos; pero que mucho lo hiciesen los herejes, si muchos malos christianos desian á los Sacerdotes, y al Cura Vicario hubo quien se lo dijo: aqui todos somos unos, y esto aflijiamas. No son desibles los trabajos padecidos ni lo que se comia, y bevia, pues de un pozo que havia en la Isla de agua salada bevia aquella agua, que mas abrazava las entrañas, que apagava la sed, mucho se havia padecido en Invasiones, pero come en esta no es posible, que ni la haya havido ni la haya en lo de adelante.

“Domingo 29 como á las 12 del día seria quando en la playa los 150.000 pesos que fueron á entregar todos los rehenes, y entregados los dejaron libres en tierra, y todos los demas quedamos aun todavía en la prission de la Isla, y por haverse aparecido la Flota del Cargo de D. Diego Saldivar, se dieron ellos grandisima prisa á embarcar sin aguardar la Carne que querian y tenian prevenida en la boca del Rio de Medellin de ganado que se havia traído de la Hacienda de D. Martín Sarmiento. Este día Domingo á las cinco de la tarde entró una compañía entera de mas de cien hombres de guarda, y luego vinieron otros cincuenta, con que todo este número hubo de Franceses de guardia esta tarde, y noche, y luego nos mandaron quitar unas chozillas que de palos, y ramos haviamos echo para abrigo

del Sol, y de la noche, y nos dejaron á campaña rasa, y nos entraron nuevos miedos, ver tanta gente que nunca havia entrado de guardia, y el que nos quitasen las chozillas, y ver que andavan ellos muy de fuga, y haciendo muchos ademanes con las Escopetas, caravinas, y alfanges, porque cada uno de ellos tenia tres armas de fuego, y su espadin ó alfange; en fin llegó la noche, y cada qual con el miedo procuró enmontarse en la Isla, procurando los escondrijos, llevaron todos los negros y negras que tenian en sus ranchos á los Navios, sin reservar sino los enfermos, y viejos, y como á las dos de la mañana del dia lunes andavan totili Padres totili Padres, y los Padres todos se escondieron, y solo dieron con un Religioso franciscano, con otro de la Compañia, y otro de San Agustin, que era el Padre Prior, y los llevaron á bordo juntamente con el Gobernador, al amanecer nos hallamos en la Isla todos sin ellos que ya se havian ido, de que dimos gracias á Dios Nuestro Señor, aunque estavamos pereciendo de sed, y hambre porque no havia un pedazo de viscocho, ni un trago de Agua, y echaron al Gobernador y Padres en la Isla, Ya nos hallavamos libres de ellos, y muy consolados cuando vino una piragua, y vino á registrar si havia algunos muchachos, y negros que llevarse, y hallaron algunos tres ó quatro que se havian escondido. En esta nos venian del lugar quatro barcos, dos llenos de vastimento y dos mas para que todos quatro nos fuesen llevando a tierra, mas llegó á tanto su rigor que cargaron con los quatro barcos y de los dos echaron la gente nuestra en tierra, y se los llevaron, y los dos del socorro con que nos dejaron muertos de hambre, y sin tener con que irnos á tierra. Aqui tuvimos desconsuelos, y tristezas, y aflicciones, viendonos por entonces sin remedio. Ellos con no poco recelo se iban poco á poco tirando para fuera, mas el viento era escaso, y las embarcaciones iban bastantemente cargadas porque era mucho lo que llevaban, y á mas de tres mil los negros, negras, mulatas, y muchachos assi libres como esclavos. Aqui la industria de algunos intentó hacer una jangada con palos bien amarrados, y

botijas, y con esto se echaron al Mar de donde salieron con no poco riesgo. Si bien que uno que sabía bien nadar ayudado de dos botijas, se echó á nado, y con la ayuda de Dios Nuestro Señor salió á tierra. Este dió noticia á la gente que era mucha, que estava con cavallos y resfuerzo aguardando los prisioneros como no teniamos con quien irnos á tierra por averse llevado los Barcos el Enemigo, y como estavamos pereciendo de sed, y hambre por no tener cosa alguna de alimento, con que luego trataron de aviar un barco que estava varado, y solicitar otros, y tratar de embiar por la gente. En este tiempo vino uno de los barcos que havian pasado á Bordo de los Enemigos para la Isla, y lo traia un Vezino del Lugar, con determinacion de sacar los Sacerdotes, y Religiosos, y estava la gente tan desesperada, y hambrienta, que por mas diligencias que se hicieron, porque dejasen embarcar los Sacerdotes no se pudo conseguir. El barco no podia llegar mucho a la Isla; con quien se echava al agua no podia embarcarse, y assi como los pobres clérigos, y frailes, no savian nadar no se echavan al agua, y aunque los cargaran en hombros no podian llegar al Barco, cosa trabajosa, y lastimosa fué esta, y no fué el menor trabajo, porque se mojó toda la gente, hasta mas de la sintura, y no lograron su deseo, la lástima era ver los Sacerdotes, y mas pereciendo de hambre y sed, vinieron otros Barcos, Lanchas y Canoas, y aunque todos intentavan que se embarcasen primero los Sacerdotes, y mugeres, no se pudo conseguir con que ya se tomava por partido entrasen los que pudiesen; con que la piedad de muchos cargavan con los Sacerdotes á cuestras y otros se embarcavan medio aogados, y todos muy mojados, no fué el menor trabajo este, no se pudo conseguir el traerlos á tierra el dia lunes, ni tampoco llevarles agua, y pan hasta ya cerca de noche, con que los que allá estavan bebían á boca de barril, y botija, no piando por otra cosa, sino por agua, con esto pudieron pasar la noche el dia lunes, hasta que á otro dia quedaron todos en tierra, de que no se sesava de dar gracias á Dios Nuestro Señor, á quien eran los llantos, los

gemidos, las lágrimas, ya de los amigos, ya de los parientes, de los padres con los hijos, de los hijos con las madres, y el saver de los que havian muerto despues de idos á la Isla que hera ver cada uno su casa tan destrozada. Y la Iglesia Mayor? con que lágrimas lo escrivo, mas aseado estava un muladar, y mejor olfato tenia: que desdicha fué un asco toda ella, tan edionda, tan asquerosa y tan inmundicia; allí todos hasian sus necesidades, por no poder mas allí dos mil inmundicias: todo un establo de porquerías: no parecia sino el mas puerco muladar que puede haver, si bien creo que no á de haver otro lugar mas inmundo aunque á propósito se aga, de suerte que en mucho tiempo no ha de estar la Iglesia en su ser de limpieza, por mas que la devoción christiana la ha procurado asear, y perfumar con todos olores; los sagrarios todos rompidos, la vidriera de Ntra. S.^a de la Soledad echa pedazos, los cajones, y los ornamentos todos maltratados, las calles de la Ciudad una misma edentina, la ruina ha sido la mayor que pueda haver havido, ni que se pueda decir aya sucedido en los nacidos, y si puede ser no sucederá otra. El número cierto que se dice vino fueron 960 assi franceses, como Ingleses, Pichilinguis, Gallegos, Vizcaynos, Andaluces, mulatos é Indios de todas castas y naciones venian. La orden que traian segun se supo, es que si fueran sentidos que se bolviesen á las Embarcaciones, que si no entrasen, y que á todos quantos topasen en las calles, y ventanas que los matasen hasta ganar la plaza, y que ganada no hicieran mal ninguno. Los muertos que hubo assi matados por ellos como muertos ya de hambre, ya de afliccion, ya huyendo al campo, ya por ir á los Ornos, fueron mas de 300 personas, y de resultas han muerto, y de las enfermedades que les acarreó tan horrendo trabajo. Dios Ntro. Señor nos sacó con vida para la enmienda, quiera Dios assi sea.”

A la anterior relación, que, aunque tan pésimamente escrita, da una idea exacta de los grandes padecimientos que sufrieron

los habitantes de Veracruz a consecuencia de aquel inesperado asalto, agregaré ahora un extracto que publicó D. Carlos María Bustamante, tomado de un diario que formó D. Juan Antonio Rivera, capellán del hospital de Jesús Nazareno de México, de los años 1676 a 1696, en el cual se ve la impresión que causó en la capital del virreinato la noticia de aquel triste suceso, y las providencias que se dictaron con tal motivo, así para auxiliar a la plaza de Veracruz, como para perseguir a los piratas; y por último, la sentencia que se dió contra el gobernador de aquella ciudad.

MES DE MAYO DE 1683.—INVASION DE VERACRUZ.

“El viérnes 21 de este mes á las ocho de la mañana entraron tres correos avisando que los **filibusteros** habian entrado en Vera—Cruz. A las tres horas se publicó el bando para que dentro de dos horas se juntasen los que fuesen en estado de tomar las armas. Formose una junta de guerra en palacio, y se mandó estuviere á punto la compañía de á caballo del mando de Urrutia, y que se formasen otras **doce** de infantería.

“En este mismo dia salieron de México dos oidores, D. Martin de Solis y D. Frutos, con el fin de levantar gente para Vera—Cruz, y marcharon con cincuenta hombres: al conde de Santiago lo hizo el virey **maestre de campo**.

“El domingo 23, se presentó un enviado del comandante enemigo para el virey que le pedia 150.000 pesos por rescate de la gente que habia hecho prisionera en Vera—Cruz. Mandóse que toda la gente que estuviera reunida, se hallase á las dos de la tarde en Palacio para salir á dicho punto de Vera—Cruz: reservose para el siguiente dia nombrar capitanes de **negros y mulatos**. (1)

(1)—Debía haber gran porción de estas castas en México, pues muchos años despues de estas ocurrencias subsistió en esta capital un batallón llamado de pardos, que se extinguió con el arreglo que despues se hizo de las milicias hurbanas y provinciales